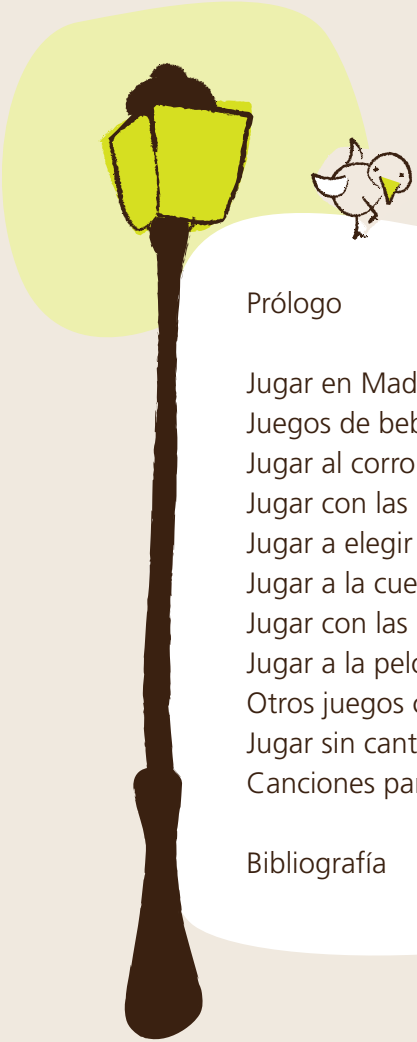


ÍNDICE

Prólogo

Jugar en Madrid 12
Juegos de bebés 20
Jugar al corro 30
Jugar con las palabras 60
Jugar a elegir 72
Jugar a la cuerda 84
Jugar con las manos 94
Jugar a la pelota 100
Otros juegos con canción 106
Jugar sin cantar 122
Canciones para acompañar 142

Bibliografía

PRÓLOGO

Los juegos son una parte fundamental de la tradición oral de Madrid. Los mayores enseñan a jugar a los pequeños y estos comienzan a relacionarse con otros niños de su edad, a conocer la calle e, incluso, a manejar el idioma. Esta ha sido nuestra razón principal para emprender la elaboración de este libro.

No se trataba tanto de elegir juegos y canciones cuyo origen fuera madrileño y que pertenecieran a un periodo de tiempo determinado, sino de recoger todos aquellos que, sin tener en cuenta la época, se han practicado en Madrid, pues la gente que ha llegado de otras zonas a lo largo del tiempo, ha enriquecido la tradición de esta ciudad. Por eso, muchos de los juegos recogidos, son compartidos con otros lugares.

Aunque hemos utilizado bibliografía, la mayor parte del trabajo ha sido elaborado a partir de nuestros propios recuerdos y los de otros muchos que han jugado en Madrid.

Amigos de diferentes generaciones han aportado su trocito de memoria y esto nos obliga a no sentirnos autoras exclusivas de este libro, por tanto, vamos a reconocerlo:

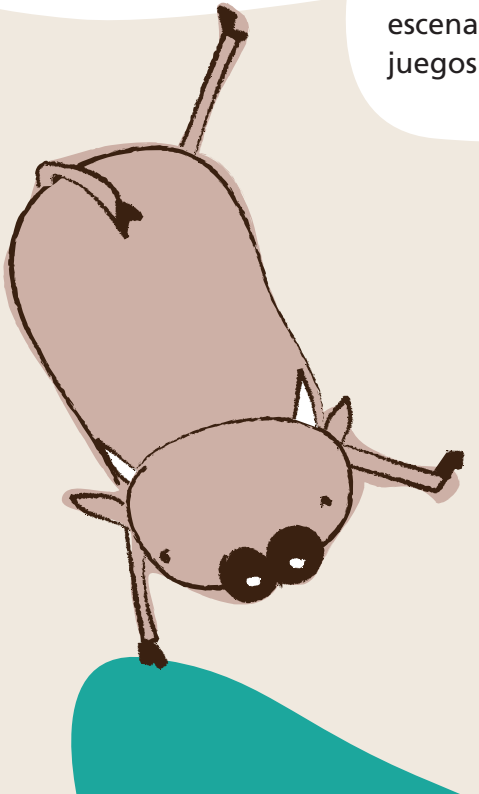
Pío, pío, que yo no he sido,
que han sido Antonia, Visita,
María, Fernando, Pilar,
M.ª Carmen, Marisol, Ángel
Manuel, Gloria, Juli, Pura,
Yolanda, Pilar, Amparo, Concha,
Gema, Eva, Pili, Cruz, Javier,
Cristina, Nacho, Coque, Ernesto,
Isabel, Montse, Inés, Goizu y Álex.

vivaaa
OLE
OLE

JUGAR EN
MADRID

PASEMISÍ, PASEMISÁ
POR LA PUERTA DE ALCALÁ
LOS DE *ALANTE* CORREN MUCHO
LOS DE ATRÁS SE QUEDARÁN

El paseo del Prado, la plaza de Oriente o el Retiro han sido y siguen siendo lugares tradicionales de reunión de los más pequeños. Sin embargo, hasta no hace mucho, cualquier calle o plazuela servía de escenario para los más insólitos juegos infantiles.



Recuerdan aún nuestros padres la búsqueda que iniciaban los chiquillos entre los puestos del mercado de la Cebada o las fruterías, verdulerías, de los preciados güitos; las pedreas, que parecía, que siempre empezaban los chicos de la calle de al lado y que más de una vez acababan con algún cristal roto; o las tardes enteras, sentados en la acera, tirando y volviendo las tabas.
Años antes, era común oír el tintineo de los aros por el empedrado de las calles. No eran muchos los que podían acercarse a un comercio y comprar uno de esos aros adornados con cascabeles, ni aún aquellos más económicos que se hacían con varillas de hierro, cilíndricas o planas, y que duraban «para siempre» y, muchas veces, había que conseguirlos en la cacharrería o rescatarlos de alguna tina o de una vieja yanta de bicicleta.
Y con todo esto, aún faltaba hacerse con un gancho de hierro engarzado en un mango de madera, con el que dirigir el aro y mantenerlo en pie.
Otros niños preferían ir a nadar al río o, mejor dicho, rebozarse en el río desafiando, por una parte, a los guardias que prohibían los baños en algunos tramos del Manzanares y, por otra, a los «listillos» que aprovechaban los momentos de descuido y les dejaban sin pantalones. Por eso, los que no eran capaces de «nadar y guardar la ropa al mismo tiempo», optaban por jugar al toro con una banasta en la que sujetaban dos auténticos pitones, conseguidos en el matadero.
Cuando se puso de moda el fútbol, muchos chiquillos aprovechaban cualquier sitio para jugar con una pelota hecha de trapos o periódicos o uno de esos balones de goma que vendían muy baratos en el bazar X y que a las dos patadas se desinflaban y no servían para nada.
Descansando, entre correrías y pídolas, también se veía a los críos jugar con un cordel que entre sus dos manos formaba figuras increíbles, o cambiar cromos o alquilar tebeos que se leían vorazmente en el mismo escalón de la tienda.
Otros se iniciaban en el incierto mundo de la suerte arriesgando sus barquillos por una nueva oportunidad de girar la rueda de la caja, temiendo que saliera el clavo que les haría

perder aquellos que habían acumulado y que ya formaban un considerable cucurucho. Pero entre todos estos juegos, el más conocido era el corro. El imperecedero juego del corro que empleaba en sus letras romances, seguidillas y coplas tradicionales y se nutría constantemente de los dramas de los «cantares de ciego» y las letrillas y músicas de los cuplés de moda.
Las niñas, haciendo una rueda, cantaban una y otra vez la triste historia de Alfonso XII y la muerte de su esposa, las crueldades que soportaba santa Catalina, las impertinencias de los jovencitos en el Salón del Prado o las ansias de matrimonio de la viudita del conde Laurel.
Cualquier plaza servía de escenario para estos juegos, pero había ciertos lugares que parecían los preferidos de los pequeños ya que los recuerdan en sus canciones: la explanada frente al Cuartel de la Montaña y al de Conde Duque; el parque de las Vistillas y la Cuesta de la Vega; la plaza del Senado; el parque del Oeste; y, sobre todo, la plaza de Oriente, la de la Armería y el Salón del Prado.

Recordando este último, nos cuenta Velasco Zazo:
«[...] las niñas formaban corro y entonaban la célebre y popular cantata que ha llegado a nuestros días, y que dice:

En el Salón del Prado
me miró un viejo,
se quitó los anteojos,
por darme un beso...

Se hicieron las dos nuevas calles de álamos, se fijaron los aguaduchos, se colocaron las sillas. Y las hijas de aquellas niñas del corro, angelicales e inocentes como ellas, enlazaron sus manilas y siguieron cantando los versos de la sopita de mendrugos, tan breves, tan irónicos, tan perdurables:

Tanto reloj de oro,
tanta cadena,
luego van a sus casas,
no tienen cena».

Entre estos cantos infantiles, paseaba lo más selecto de Madrid, disfrutando

de las tardes y noches veraniegas que se hicieron famosas por sus tertulias y veladas. Alquilaban una silla o se sentaban en uno de los aguaduchos repartiendo saludos entre los conocidos. Así, mientras los mayores se relajaban entre charla y charla, los pequeños podían disfrutar de un barquillo y alguna otra diversión, como recuerda Répide:
«Un gran entretenimiento infantil había en la arboleda popular. A mediados del siglo XIX era un coche tirado por dos cabritas, y en el que solo había asiento para un par de niños. Después vino el carruaje de las campanillas, ya con más plazas, y arrastrado por un borriquillo. Este es el que, al conocer el abandono del Prado como paseo, hubo de trasladarse a la plaza de Oriente para dar vueltas en torno a la verja del jardín de la estatua. También creemos recordar que hubo a lo largo de esa parte del Prado, un ferrocarril, como de juguete, que podía parecer a manera de avance o anuncio de la estación del Mediodía».
La plaza de Oriente era otro lugar privilegiado de juegos infantiles. Allí, entre los jardincillos, alrededor de la fuente de las ranas y el caballo de bronce, se mezclaban los gritos, los cantares de corro y las campanillas del viejo cochecito arrastrado por un burro que sufría los tirones de la cola de los niños que subían a dar la vueltecita a la plaza. Ramón Gómez de la Serna recoge esta escena:
«¡Qué deliciosa agua, después de las carreras, corridas jugando a justicias y ladrones, o después de las peripecias y los sudores que tenía el jugar a los voluntarios de la Cruz Roja!
La obsesión principal de esa fuente sobre los niños es la de sus ranas, ranas de estirpe extraña y como mágica, las primeras ranas con que se tropiezan los niños de la ciudad, ranas que se pegan al borde del gran pilón y que a veces se dejan cazar».
Pero también era este un lugar romántico donde las niñeras, en ocasiones, más atentas a los galanteos de los jóvenes que al cuidado de los niños, se dejaban engatusar por las bromas y piropos de los soldados. Otras veces el entretenimiento de las jóvenes consistía en ver pasar la Guardia Real que muchos niños veían

encaramados a los pies de un rey godo mientras las niñas seguían con la cantinela:

En el Campo del Moro
en la verde oliva,
donde cautivaron
tres hermosas niñas.

Estos bucólicos cantos y juegos se entremezclaban, sin embargo, con otros más comunes entre los niños más creciditos y que salían de sus casas solos o con la única compañía de un tirachinas. Así nos cuenta Alberto Iturrioz e Ibáñez uno de los juegos más brutales entre los niños, las pedreas.
«Un grupo de chicos de distintos colegios o clases, de calles o barriadas, desafiaban a otro a pedrea limpia y, previamente concentrados, se reunían una mañana o una tarde en un solar o desmonte y venga cantazos un bando contra otro.
En estas dreas, como vulgarmente se las denominaba, no se llegaba al uso de las hondas, con las que la velocidad y fuerza de las piedras lanzadas se multiplicaba y acrecentaba así su peligrosidad; aquellas otras, de las que a veces resultaban heridos graves, solían celebrarse en los bajos del paseo de Rosales, en las Vistillas o en el Campo del Tío Mereje, entre mozalbetes de mala catadura.
La piedra tirada a mano se podía esquivar bien, si se tenía cierta práctica y se conservaba la serenidad; y además, el gabán o la chaqueta extendidos sobre el antebrazo izquierdo servía a la perfección de escudo y pantalla».
Menos peligroso que las pedreas pero muy popular entre los chicos era aquel de las tapas de cerillas que consistía en tirarlas contra una pared, perdiéndolas ante otro jugador si salían boca abajo y ganando las del compañero si a este le salía del revés.
Este juego que en principio puede parecer una simpleza, reunía fieles seguidores entre los jovencitos de principios de siglo, pues tenía el gran aliciente de las reproducciones que había en las cajas de cerillas que

mostraban a seductoras bailarinas, a grandes cantantes de ópera y a las cupletistas más provocadoras del momento.
La imaginación popular creaba, como vemos, con muy pocos medios, cientos de juegos que satisfacían a todos. Algunos podían disfrutar de alguna muñeca con vestidos de encaje, de un precioso diábolo o de una flamante bicicleta, pero eran muy pocos los privilegiados que utilizaban juguetes destinados exclusivamente para ellos.
En la actualidad las cosas han cambiado y, aunque los juegos no han variado mucho, los objetos y el material infantil que se utiliza para entretenimiento de los niños es casi infinito. No hay parque o jardín que no tenga algún lugar destinado al recreo de los más pequeños con columpios, toboganes o esos balancines que antes se fabricaban ellos mismos con una piedra y un listón de madera. Los grandes espacios se convierten, de nuevo, en campos de fútbol improvisados, pero ya no hay necesidad de conocer aquella técnica depurada de papel de periódico y cuerda que concluía en un perfecto balón que incluso botaba. Y muchos de aquellos juegos que precisaban como único material una tiza o un papel o un lápiz como las tres en raya, los barcos o nombres que comiencen por una letra, tienen ahora un soporte plástico e inundan los ojos de los niños con su vistosidad y sus colores.
A estos juguetes de base tradicional se han unido otros electrónicos que tienden más al juego en el interior de una casa. Las calles, cada vez más intransitables por el gran número de coches, han provocado que las costumbres cambien, de modo que es muy difícil escuchar en estos momentos en la ciudad las viejas canciones que hemos reunido. Jugar al corro, a la cuerda o a la pelota parece relegado a los campamentos o a los recreos de los colegios donde, como ayer, se juega a ritmo de los cantantes del momento y siguiendo los compases de algún programa de televisión.